¡UN NUEVO PENTECOSTÉS!

APARECIDA

DISCÍPULOS MISIONEROS AL SERVICIO DE LA VIDA

25

Oración para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Señor Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, rostro humano de Dios
y rostro divino del hombre, enciende en nuestros corazones
el amor al Padre que está en el cielo y la alegría de ser cristianos.
Ven a nuestro encuentro y guía nuestros pasos para seguirte
y amarte en la comunión de tu Iglesia, celebrando y viviendo
el don de la Eucaristía, cargando con nuestra cruz,
y urgidos por tu envío.
Danos siempre el fuego de tu Santo Espíritu, que ilumine nuestras
mentes y despierte entre nosotros el deseo de contemplarte,
el amor a los hermanos, sobre todo a los afligidos,
y el ardor por anunciarte al inicio de este siglo.
Discípulos y misioneros tuyos, queremos remar mar adentro,
para que nuestros pueblos tengan en Ti vida abundante,
y con solidaridad construyan la fraternidad y la paz.
Señor Jesús, ¡Ven y envíanos!
María, Madre de la Iglesia, ruega por nosotros. Amén.

¡UN NUEVO PENTECOSTÉS!

APARECIDA

DISCÍPULOS MISIONEROS AL SERVICIO DE LA VIDA

25

© Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS)
Arzobispado de Santiago
San Isidro 560
Santiago

Estos libros son una producción conjunta del INPAS, la Vicaría General de Pastoral y Editorial Tiberíades.
Agradecemos especialmente la colaboración del Instituto Pastoral Apóstol Santiago (INPAS), en la realización de este número.

Colección Aparecida 978-956-8188-66-5

ISBN: 978-956-8188-91-7
Derechos de Autor: Nº 169.931

Diseño portada e interiores: Gráficanueva Ltda.

Impreso en Chile, Marzo de 2008.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna para fines comerciales, por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito.

PRESENTACION

La V Conferencia General del Episcopado, celebrada en Aparecida, ha sido un acontecimiento eclesial que ha conmovido nuestra Iglesia Latinoamericana y del Caribe de manera muy significativa. Hablamos de un acontecimiento eclesial pues la V Conferencia ha sido mucho más que una reunión episcopal. Y ciertamente más que un documento conclusivo.

Aparecida ha sido una escuela de comunión y participación. El tema nació de una amplia consulta a los episcopados de la región y de un sabio aporte del Papa Benedicto XVI. En su preparación nos pudimos involucrar todos los que estábamos interesados y damos fe de que se hizo una amplísima consulta recogida en el "Documento de Síntesis". En su realización trabajaron codo a codo los pastores con laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas, con diáconos permanentes y hermanos de otras confesiones.

Aparecida ha sido una escuela de entusiasmo, acompañada por el buen espíritu de los participantes, unida a la fe de los peregrinos del Santuario de la Inmaculada Concepción de Aparecida y a la cadena de oración de todos los países representados en esa Conferencia.

Aparecida ha sido también una escuela de transparencia que, en sólo 19 jornadas de trabajo, fue capaz de producir un documento para orientar nuestra acción

pastoral, sin textos prefabricados ni reuniones secretas. En esta actitud subrayamos la humildad de los presentes pues los pastores entregaron el fruto de su trabajo con mucho cariño, conscientes de que el Documento final estaba inconcluso y había repeticiones. Sin embargo, está lleno de orientaciones muy valiosas y sugerencias para desarrollar el futuro. "Es lo que hay", diría un joven chileno. Y un coro de voces respondería "sí, es lo que hay", agradecido de que ese sea el fruto de tanta dedicación y mirada profética de nuestra realidad.

Aparecida ha sido una escuela de pastoral, los Obispos reunidos en oración nos han entregado su testimonio hecho Documento y Mensaje final, escritos en un lenguaje cercano y comprensible, que ya ha marcado hondamente a nuestra Iglesia. La Misión Continental consecuente no es sino otra iniciativa luminosa de este agudo sentido pastoral.

Con gratitud a todo el Pueblo de Dios que ha creído en este acontecimiento que nos renueva en la gracia del Señor, entregamos algunos textos muy valiosos. Ellos son: Homilía Santa Misa Inaugural y Oración del santo Rosario del Papa Benedicto XVI; "Mensaje a los Pueblos" de la V Conferencia, y del Cardenal Francisco Javier Errázuriz, el saludo al Santo Padre y la Homilía de la Eucaristía de clausura. Con este fascículo completamos la Colección "Discípulos misioneros al servicio de la vida" que nos invita a conocer, profundizar, gozar y divulgar lo que en este acontecimiento eclesial "el Espíritu Santo y nosotros"… hemos hecho bajo el amparo de la Virgen Aparecida.

19 de Marzo de 2008
Fiesta del Patriarca San José

SALUDO DEL CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ A SU SANTIDAD EL PAPA BENEDICTO XVI AL INICIO DE LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

Aparecida, 13 de mayo de 2007

Querido Santo Padre:

A nombre de todos los presentes, miembros e invitados a esta V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, y a nombre de todos los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, consagradas y laicos que en esta tarde nos acompañan desde sus casas y en tantos templos y santuarios de nuestros países, deseo expresarle, Santo Padre, nuestra más cordial y agradecida bienvenida.

Nos emociona este encuentro tan esperado con Vuestra Santidad junto a Nuestra Señora Aparecida en esta ciudad santa, verdadera capital de la geografía de la fe. Nos llena de gratitud y de confianza la oración ininterrumpida de toda nuestra Iglesia.

Creció este Santuario como fruto de una pesca milagrosa. Por eso nos recuerda la vocación de los primeros discípulos de Jesús a orillas del lago, y la fe de Simón Pedro cuando aceptó el desafío de su Maestro y Señor, y remó mar adentro para echar las redes y recibir tal abundancia de peces. En este lugar de gracias, sin embargo, lo más milagroso no fue la pesca, sino el descubrimiento de la imagen de Nuestra Señora, oculta y dañada en las aguas del río Paraíba.

El río que marca el nacimiento del santuario nos evoca asimismo el torrente de agua viva del profeta Ezequiel y del Apocalipsis, ese torrente que nace del trono de Dios y del Cordero, el Espíritu que todo lo vivifica, que hace nuevas todas las cosas. Y la imagen de Nuestra Señora Aparecida nos hace presente a aquella criatura que abrió su alma ampliamente a la acción del Espíritu Santo, que le enseñó a cantar en el Magnificat las obras portentosas de la misericordia y la sabiduría de Dios. Ella es fuente de inspiración para toda la Iglesia, discípula y misionera como ella, para tener y para dar vida en abundancia.

Santo Padre, es lo que más queremos: que todos abran las compuertas de su existencia y de su sed al Espíritu Santo que colma de juventud, de paz y de vida nueva en Cristo, para que cuanto sembró el Padre de los cielos en este Continente de la Esperanza, dé abundantes y sorprendentes frutos, como en la vida de la Virgen María y de todos nuestros santos.

Junto al Sucesor de Pedro y ante él queremos renovar el compromiso de lanzar las redes al inicio de este siglo, con la confianza de lanzarlas en el nombre del Señor. Lo hacemos con la esperanza de una pesca abundante y milagrosa, para que en nuestros pueblos vean la luz del Día, la luz de Cristo, no sólo la imagen bendita del rio Paraíba, sino también muchos rostros ocultos, sumergidos en su tristeza, en

su desesperanza o bajo múltiples injusticias, rostros en los cuales palpita el anhelo y la vocación de ser imágenes vivas de Jesucristo, también de su Sma. Madre; en último término, imágenes de la Sma. Trinidad.

Santo Padre, conscientes de que Cristo vino, viene y vendrá a nuestro encuentro, queremos asumir con renovado ardor el encargo misionero de llevar su nombre, de evangelizar a los pobres, los ciegos, los cautivos y los encarcelados, y de anunciar la Buena Noticia como liberación del pecado y de sus graves consecuencias, como promesa de vida plena, como gozo, paz y esperanza. Queremos ser siempre pastores según el corazón de Cristo, a fin de que se abran los corazones y las mentes, las alegrías y los sufrimientos, los errores y las pobrezas, los proyectos y las culturas ante Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida para nuestros pueblos y para el mundo entero.

"Habla, Señor, que tu siervo escucha", fue la respuesta de Samuel cuando iniciaba su camino de discípulo y profeta del Señor. Es lo que le pedimos con humildad a Dios al inicio de nuestra Asamblea. Háblanos desde las Escrituras y cuando permanezcamos de rodillas ante el Santísimo Sacramento. Háblanos, Señor, a través de nuestros hermanos, sobre todo de los más pequeños. Háblanos desde la tradición de la Iglesia y a través de los gozos, el dolor, los extravíos, la vida y los compromisos de nuestras comunidades, don gratuito de tu gracia y de tu amor; y háblanos mediante las inquietudes, las miserias y el hambre de pan de nuestro tiempo: del pan natural y del pan bajado del cielo.

Y en esta hora de gracia, en esta casa de tu santa Madre Aparecida, háblanos, Señor, a través del Sucesor de Pedro, aparición tuya en medio de tu Iglesia, que ha querido estar con nosotros, cumpliendo el encargo de confirmarnos en la fe. Pero

antes de escuchar su palabra, envía, Señor, tu Santo Espíritu sobre esta Asamblea que ora esta tarde, unida a María, la madre de Jesús, y a innumerables comunidades a lo largo de América Latina y el Caribe, pidiendo una nueva irrupción del Espíritu Santo, un nuevo Pentecostés.

Y después de nuestra oración, háblanos, Señor, en las palabras de nuestro Papa Benedicto XVI, que tus discípulos y misioneros te escuchan.

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI EN LA EUCARISTÍA DE INAUGURACIÓN DE LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

Explanada del Santuario de Aparecida
VI Domingo de Pascua, 13 de mayo de 2007

Venerables hermanos en el Episcopado;
queridos sacerdotes y vosotros todos,
hermanas y hermanos en el Señor:

No hay palabras para expresar la alegría de encontrarme con vosotros para celebrar esta solemne Eucaristía con ocasión de la apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Saludo muy cordialmente a todos, en particular al arzobispo de Aparecida, monseñor Raymundo Damasceno Assis, al que agradezco las palabras que me ha dirigido en nombre de toda la asamblea, y a los cardenales presidentes de esta Conferencia General.

Saludo con deferencia a las autoridades civiles y militares que nos honran con su presencia. Desde este santuario extiendo mi pensamiento, con mucho afecto y oración, a todos los que están unidos espiritualmente a nosotros en este día, de modo especial a las comunidades de vida consagrada, a los jóvenes comprometidos en movimientos y asociaciones, a las familias, así como a los enfermos y a los ancianos. A todos les quiero decir: "Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo" (1Co 1,3).

Considero un don especial de la Providencia que esta santa misa se celebre en este tiempo y en este lugar. El tiempo es el litúrgico del sexto domingo de Pascua: ya está cerca la fiesta de Pentecostés y la Iglesia es invitada a intensificar la invocación al Espíritu Santo. El lugar es el santuario nacional de Nuestra Señora Aparecida, corazón mariano del Brasil: Maria nos acoge en este cenáculo y, como Madre y Maestra, nos ayuda a elevar a Dios una plegaria unánime y confiada.

Esta celebración litúrgica constituye el fundamento más sólido de la V Conferencia, porque pone en su base la oración y la Eucaristía, *Sacramentum caritatis*. En efecto, sólo la caridad de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este continente y para el mundo entero.

Esta tarde tendré la posibilidad de entrar sobre los contenidos sugeridos por el tema de vuestra Conferencia. Ahora demos espacio a la Palabra de Dios, que con alegría acogemos, con el corazón abierto y dócil, a ejemplo de Maria, Nuestra Señora de la Concepción, a fin de que, por la fuerza del Espíritu Santo, Cristo pueda "hacerse carne" nuevamente en el hoy de nuestra historia.

La primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, se refiere al así llamado "Concilio de Jerusalén", que afrontó la cuestión de si a los paganos convertidos al cristianismo se les debería imponer la observancia de la ley mosaica. El texto, dejando de lado la discusión entre "los Apóstoles y los ancianos" (Hch 15,4-21), refiere la decisión final, que se pone por escrito en una carta y se encomienda a dos delegados, a fin de que la entreguen a la comunidad de Antioquia (cf. Hch 15, 22-29).

Esta página de los Hechos de loa Apóstoles es muy apropiada para nosotros, que hemos venido aquí para una reunión eclesial. Nos habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que son aclarados por los "Apóstoles" y por los "ancianos" con la luz del Espíritu Santo, el cual, como nos narra el evangelio de hoy, recuerda la enseñanza de Jesucristo (cf. Jn 14,26) y así ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. Jn 16,13). Los jefes de la Iglesia discuten y se confrontan, pero siempre con una actitud de religiosa escucha de la palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros..." (Hch 15,28).

Éste es el "método" con que actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes. No es sólo una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo. En el caso de las Conferencias generales del Episcopado latinoamericano y del Caribe, la primera, realizada en Rio de Janeiro en 1955, recurrió a una carta especial enviada por el Papa Pío XII, de venerada memoria; en las demás, hasta la actual, fue el Obispo de Roma quien se dirigió a la sede de la reunión continental para presidir las fases iniciales.

Con sentimientos de devoción y agradecimiento dirigimos nuestro pensamiento a los siervos de Dios Pablo VI y Juan Pablo II que, en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, testimoniaron la cercanía de la Iglesia universal a las Iglesias que están en América Latina y que constituyen, en proporción, la mayor parte de la comunidad católica.

"Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...". Ésta es la Iglesia: nosotros, la comunidad de fieles, el pueblo de Dios, con sus pastores, llamados a hacer de guías del camino; junto con el *Espíritu Santo*, Espíritu del Padre enviado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquél que es el "mayor" de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo el "menor" por nuestra causa. Espíritu Paráclito, *Ad-vocatus*, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, sin inquietud ni temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar (cf. Jn 14,26-27).

El Espíritu acompaña a la Iglesia en el largo camino que se extiende entre la primera y la segunda venida de Cristo: "Me voy y volveré a vosotros" (Jn 14,28), dijo Jesús a los Apóstoles. Entre la "ida" y la "vuelta" de Cristo está el tiempo de la Iglesia, que es su Cuerpo; están los dos mil años transcurridos hasta ahora; están también estos poco más de cinco siglos en los que la Iglesia se ha hecho peregrina en las Américas, difundiendo en los fieles la vida de Cristo a través de los sacramentos y sembrando en estas tierras la buena semilla del Evangelio, que ha producido el treinta, el sesenta e incluso el ciento por uno. Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo: Él es el Maestro que forma a los discípulos: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplen su rostro; los configura con su humanidad bienaventurada, pobre de espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. Mt 5,3-10).

Así, gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se convierte en el "camino" por donde avanza el discípulo. "El que me ama guardará mi palabra", dice Jesús al inicio del pasaje evangélico de hoy. "La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado" (Jn 14,23-24). Como Jesús transmite las palabras del Padre, así el Espíritu recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cf. Jn 14,26). Y como el amor al Padre llevaba a Jesús a alimentarse de su voluntad, así nuestro amor a Jesús se demuestra en la obediencia a sus palabras. La fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre puede transmitirse a los discípulos gracias al Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en sus corazones (cf. Rm 5,5).

El Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como misionero del Padre. Especialmente en el evangelio de san Juan, Jesús habla muchas veces de sí mismo en relación con el Padre que lo envió al mundo. Del mismo modo, también en el texto de hoy. Jesús dice: "La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado" (Jn 14,24). En este momento, queridos amigos, somos invitados a fijar nuestra mirada en Él, porque la misión de la Iglesia subsiste solamente en cuanto prolongación de la de Cristo: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20,21).

El evangelista pone de relieve, incluso de forma plástica, que esta transmisión de consignas acontece en el Espíritu Santo: "Sopló sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo...'" (Jn 20,22). La misión de Cristo se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. Lc 12,49). El amor es el que da la vida; por eso la Iglesia es invitada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos "tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). También a vosotros, que representáis a la Iglesia en América Latina, tengo la alegría de entregaros de nuevo idealmente mi encíclica *Deus caritas est*, con la cual quise indicar a todos lo que es esencial en el mensaje cristiano.

La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1Jn 4,10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por "atracción": como Cristo "atrae a todos a sí" con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

Queridos hermanos y hermanas, este es el rico tesoro del continente latinoamericano; este es su patrimonio más valioso: la fe en Dios Amor, que reveló su rostro en Jesucristo. Vosotros creéis en el Dios Amor: esta es vuestra fuerza, que vence al mundo, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatar, la paz que Cristo conquistó para vosotros con su cruz. Esta es la fe que hizo de Latinoamérica el "continente de la esperanza".

No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.

Así lo atestigua la serie de santos y beatos que el Espíritu suscitó a lo largo y ancho de este continente. El Papa Juan Pablo II os convocó para una nueva evangelización, y vosotros respondisteis a su llamado con la generosidad y el compromiso que os caracterizan. Yo os lo confirmo y con palabras de esta V Conferencia os digo: sed discípulos fieles, para ser misioneros valientes y eficaces.

La segunda lectura nos ha presentado la grandiosa visión de la Jerusalén celeste. Es una imagen de espléndida belleza, en la que nada es simplemente decorativo,

sino que todo contribuye a la perfecta armonía de la ciudad santa. Escribe el vidente Juan que esta "bajaba del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios" (Ap 21,10). Pero la gloria de Dios es el Amor; por tanto, la Jerusalén celeste es icono de la Iglesia entera, santa y gloriosa, sin mancha ni arruga (cf. Ef 5,27), iluminada en el centro y en todas partes por la presencia de Dios-Caridad. Es llamada "novia", "la esposa del Cordero" (Ap 20,9), porque en ella se realiza la figura nupcial que encontramos desde el principio hasta el fin en la revelación bíblica. La Ciudad-Esposa es patria de la plena comunión de Dios con los hombres; ella no necesita templo alguno ni ninguna fuente externa de luz, porque la presencia de Dios y del Cordero es inmanente y la ilumina desde dentro.

Este icono estupendo tiene un valor escatológico: expresa el misterio de belleza que ya constituye la forma de la Iglesia, aunque aún no haya alcanzado su plenitud. Es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos. Verla con los ojos de la fe, contemplarla y desearla, no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. Gaudium et spes, 1).

Si la belleza de la Jerusalén celeste es la gloria de Dios, o sea, su amor, es precisamente y solamente en la caridad cómo podemos acercarnos a ella y, en cierto modo, habitar en ella. Quien ama al Señor Jesús y observa su palabra experimenta ya en este mundo la misteriosa presencia de Dios Uno y Trino, como hemos escuchado en el Evangelio: "Vendremos a él y haremos morada en Él" (Jn 14,23). Por eso, todo cristiano está llamado a ser piedra viva de esta maravillosa "morada de Dios con los hombres". ¡Qué magnífica vocación!

Una Iglesia totalmente animada y movilizada por la caridad de Cristo, Cordero inmolado por amor, es la imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la ciudad santa, resplandeciente de la gloria de Dios. De ella brota una fuerza misionera irresistible, que es la fuerza de la santidad.

Que la Virgen María alcance para América Latina y el Caribe la gracia de revestirse de la fuerza de lo alto (cf. Lc 24,49) para irradiar en el continente y en todo el mundo la santidad de Cristo. A Él sea dada gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI AL FINAL DEL REZO DEL SANTO ROSARIO EN EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA APARECIDA

Sábado 12 de mayo de 2007

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado; amados religiosos y todos vosotros que, impulsados por la voz de Jesucristo, lo habéis seguido por amor; estimados seminaristas, que os estáis preparando para el ministerio sacerdotal; queridos representantes de los Movimientos eclesiales, y todos vosotros, laicos que lleváis la fuerza del Evangelio al mundo del trabajo y de la cultura, en el seno de las familias, así como a vuestras parroquias:

1. Como los Apóstoles, juntamente con María, "subieron a la estancia superior" y allí "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (Hch 1,13-14), así también nos reunimos hoy aquí, en el santuario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que en este momento es para nosotros "la estancia superior", donde María, la Madre del Señor, se encuentra en medio de nosotros. Hoy es ella quien orienta nuestra meditación; ella nos enseña a rezar. Es ella quien nos muestra el modo de abrir nuestra mente y nuestro corazón a la fuerza del Espíritu Santo, que viene para ser comunicado al mundo entero.

Acabamos de rezar el rosario. A través de sus ciclos de meditación, el divino Consolador quiere introducirnos en el conocimiento de Cristo, que brota de la fuente límpida del texto evangélico. Por su parte, la Iglesia del tercero milenio se propone dar a los cristianos la capacidad de "conocer el misterio de Dios, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2,2-3). María santísima, la Virgen pura y sin mancha, es para nosotros escuela de fe destinada a guiarnos y a fortalecernos en el camino que lleva al encuentro con el Creador del cielo y de la tierra. El Papa ha venido a Aparecida con gran alegría para deciros en primer lugar: «Permaneced en la escuela de María». Inspiraos en sus enseñanzas. Procurad acoger y guardar dentro del corazón las luces que ella, por mandato divino, os envía desde lo alto.

¡Qué hermoso es estar aquí reunidos en nombre de Cristo, en la fe, en la fraternidad, en la alegría, en la paz, «en la oración con María, la Madre de Jesús»! (cf. Hch 1,14). ¡Qué hermoso es, queridos presbíteros, diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y familias cristianas, estar aquí en el santuario nacional de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que es morada de Dios, casa de María y casa de los hermanos, y que en estos días se transforma también en sede de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe! ¡Qué hermoso es estar aquí, en esta basílica mariana hacia la que, en este tiempo, convergen las miradas y las esperanzas del mundo cristiano, de modo especial las de América Latina y del Caribe!

2. Me siento muy feliz de estar aquí con vosotros, en medio de vosotros. El Papa os ama. El Papa os saluda afectuosamente. Reza por vosotros. Y suplica al Señor las más valiosas bendiciones para los Movimientos, las asociaciones y las nuevas realidades eclesiales, expresión viva de la perenne juventud de la Iglesia.

Que Dios os bendiga en abundancia. Os saludo con afecto a vosotras, familias aquí congregadas, que representáis a todas las amadísimas familias cristianas presentes en el mundo entero. Me alegro de modo especialísimo con vosotros y os doy mi abrazo de paz.

Agradezco la acogida y la hospitalidad del pueblo brasileño. Desde que llegué he sido recibido con mucho cariño. Las diversas manifestaciones de aprecio y los saludos demuestran lo mucho que queréis, estimáis y respetáis el Sucesor del apóstol san Pedro. Mi predecesor el Siervo de Dios Papa Juan Pablo II se refirió varias veces a vuestra simpatía y espíritu de acogida fraterna. Tenía toda la razón.

3. Saludo a los estimados presbíteros aquí presentes; pienso y oro por todos los sacerdotes diseminados por el mundo entero, de modo particular por los de América Latina y del Caribe, incluyendo a los sacerdotes *fidei donum*. ¡Cuántos desafíos, cuántas situaciones difíciles afrontáis! ¡Cuánta generosidad, cuánta donación, sacrificios y renuncias! La fidelidad en el ejercicio del ministerio y en la vida de oración, la búsqueda de la santidad, la entrega total a Dios al servicio de los hermanos y hermanas, gastando vuestra vida y vuestras energías, promoviendo la justicia, la fraternidad, la solidaridad, el compartir: todo eso habla fuertemente a mi corazón de pastor. El testimonio de un sacerdocio bien vivido ennoblece a la Iglesia, suscita admiración en los fieles, es fuente de bendición para la Comunidad, es la mejor promoción vocacional, es la más auténtica invitación para que otros jóvenes respondan positivamente a la llamada del Señor. Es la verdadera colaboración para la construcción del Reino de Dios.

Os doy las gracias sinceramente y os exhorto a que continuéis viviendo de modo digno la vocación que habéis recibido. Que el fervor misionero, el entusiasmo por

una evangelización cada vez más actualizada, el espíritu apostólico auténtico y el celo por las almas estén siempre presentes en vuestra vida. Mi afecto, mis oraciones y mi agradecimiento se dirigen también a los sacerdotes ancianos y enfermos. Vuestra configuración con Cristo doliente y resucitado es el apostolado más fecundo. ¡Muchas gracias!

4. Queridos diáconos y seminaristas, también a vosotros, que ocupáis un lugar especial en el corazón del Papa, va un saludo muy fraterno y cordial. La jovialidad, el entusiasmo, el idealismo, el ánimo para afrontar con audacia los nuevos desafíos, renuevan la disponibilidad del pueblo de Dios, hacen a los fieles más dinámicos y ayudan a la comunidad cristiana a crecer, a progresar, a ser más confiada, feliz y optimista. Os agradezco el testimonio que dais, colaborando con vuestros obispos en las actividades pastorales de las diócesis. Tened siempre ante los ojos la figura de Jesús, el buen Pastor, que «no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20,28). Sed como los primeros diáconos de la Iglesia: hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo, de sabiduría y de fe (cf. Hch 6,3-5).

Y vosotros, seminaristas, dad gracias a Dios por la llamada que os dirige. Recordad que el Seminario es la «cuna de vuestra vocación y el gimnasio de la primera experiencia de comunión» (Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros, n. 32). Rezo para que, con la ayuda de Dios, seáis sacerdotes santos, fieles y felices de servir a la Iglesia.

5. Me dirijo ahora a vosotros, estimados consagrados y consagradas, reunidos aquí, en el santuario de la Madre, reina y patrona del pueblo brasileño, y también diseminados por todas las partes del mundo.

Vosotros, religiosos y religiosas, sois un regalo, una dádiva, un don divino que la Iglesia recibió de su Señor. Agradezco a Dios vuestra vida y el testimonio que dais al mundo de un amor fiel a Dios y a los hermanos. Este amor sin reservas, total, definitivo, incondicional y apasionado se manifiesta en el silencio, en la contemplación, en la oración y en las múltiples actividades que realizáis, en vuestras familias religiosas, en favor de la humanidad y principalmente de los más pobres y abandonados. Todo esto suscita en el corazón de los jóvenes el deseo de seguir más de cerca y radicalmente a Cristo, el Señor, y entregar la vida para testimoniar ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo que Dios es Amor y que vale la pena dejarse conquistar y fascinar para dedicarse exclusivamente a Él (cf. Vita Consecrata, 15).

La vida religiosa en Brasil siempre ha sido significativa y ha desempeñado un papel destacado en la obra de la evangelización, desde los inicios de la colonización. Ayer mismo tuve la gran alegría de presidir la concelebración eucarística en la que fue canonizado san Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero y religioso franciscano, primer santo nacido en Brasil. A su lado, otro testimonio admirable de persona consagrada es santa Paulina, fundadora de las Hermanitas de la Inmaculada Concepción. Podría citar otros muchos ejemplos. Que todos ellos os sirvan de estímulo para vivir una consagración total. ¡Dios os bendiga!

6. Hoy, en vísperas de la apertura de la V Conferencia General de los obispos de América Latina y del Caribe, que tendré el gusto de presidir, siento el deseo de deciros a todos vosotros cuán importante es el sentido de nuestra pertenencia a la Iglesia, que hace a los cristianos crecer y madurar como hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre. Queridos hombres y mujeres de América Latina sé que tenéis una gran sed de Dios. Sé que seguís a aquel Jesús, que dijo: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6). Por eso el Papa quiere deciros a todos: la Iglesia es nuestra casa.

Esta es nuestra casa. En la Iglesia católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo. Quien acepta a Cristo, "Camino, Verdad y Vida", en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida. Por eso, el Papa vino aquí para rezar y confesar con todos vosotros: vale la pena ser fieles, vale la pena perseverar en la propia fe. Pero la coherencia en la fe necesita también una sólida formación doctrinal y espiritual, contribuyendo así a la construcción de una sociedad más justa, más humana y cristiana. El *Catecismo de la Iglesia católica*, incluso en su versión más reducida, publicada con el título de Compendio, ayudará a tener nociones claras sobre nuestra fe. Vamos a pedir, ya desde ahora, que la venida del Espíritu Santo sea para todos como un nuevo Pentecostés, a fin de iluminar con la luz de lo alto nuestros corazones y nuestra fe.

7. Con gran esperanza me dirijo a vosotros que os encontráis dentro de esta majestuosa basílica o habéis participado en el santo rosario desde fuera, para invitaros a ser profundamente misioneros y a llevar la buena nueva del Evangelio a todos los puntos cardinales de América Latina y del mundo.

Pidamos a la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, que cuide la vida de todos los cristianos. Ella, que es la Estrella de la evangelización, guíe nuestros pasos en el camino al reino celestial:

"Madre nuestra, protege la familia
brasileña y latinoamericana.
Ampara bajo tu manto protector
a los hijos de esta patria querida
que nos acoge.

Tú que eres la Abogada
ante tu Hijo Jesús,
da al pueblo brasileño paz constante
y prosperidad completa.

Concede a nuestros hermanos
de toda la geografía latinoamericana
un verdadero celo misionero
irradiador de fe y de esperanza.

Haz que tu llamada desde Fátima
para la conversión de los pecadores
se haga realidad
y transforme la vida
de nuestra sociedad.

Y tú,
que desde el santuario de Guadalupe
intercedes por el pueblo
del continente de la esperanza,
bendice sus tierras y sus hogares.

Amén.

MENSAJE FINAL
V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

Aparecida, 29 de mayo de 2007

Reunidos en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida en Brasil, saludamos en el amor del Señor a todo el Pueblo de Dios y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Del 13 al 31 de mayo de 2007, estuvimos reunidos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, inaugurada con la presencia y la palabra del Santo Padre Benedicto XVI.

En nuestros trabajos, realizados en ambiente de ferviente oración, fraternidad y comunión afectiva, hemos buscado dar continuidad al camino de renovación recorrido por la Iglesia católica desde el Concilio Vaticano II y en las anteriores cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Al terminar esta V Conferencia les anunciamos que hemos asumido el desafío de trabajar para darle un nuevo impulso y vigor a nuestra misión en y desde América Latina y el Caribe.

1. Jesús Camino, Verdad y Vida

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6)

Ante los desafíos que nos plantea esta nueva época en la que estamos inmersos, renovamos nuestra fe, proclamando con alegría a todos los hombres y mujeres de nuestro continente: somos amados y redimidos en Jesús, Hijo de Dios, el Resucitado vivo en medio de nosotros; por Él podemos ser libres del pecado, de toda esclavitud y vivir en justicia y fraternidad. ¡Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!

2. Llamados al seguimiento de Jesús

Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él (Jn 1,39)

La primera invitación que Jesús hace a toda persona que ha vivido el encuentro con Él, es la de ser su discípulo, para poner sus pasos en sus huellas y formar parte de su comunidad. ¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos suyos! Él nos llama a cada uno por nuestro nombre, conociendo a fondo nuestra historia (cf. Jn 10,3), para convivir con Él y enviarnos a continuar su misión (cf. Mc 3,14-15).

¡Sigamos al Señor Jesús! Discípulo es el que habiendo respondido a este llamado, lo sigue paso a paso por los caminos del Evangelio. En el seguimiento oímos y vemos el acontecer del Reino de Dios, la conversión de cada persona, punto de

partida para la transformación de la sociedad, y se nos abren los caminos de la vida eterna. En la escuela de Jesús aprendemos una "vida nueva" dinamizada por el Espíritu Santo y reflejada en los valores del Reino.

Identificados con el Maestro, nuestra vida se mueve al impulso del amor y en el servicio a los demás. Este amor implica una continua opción y discernimiento para seguir el camino de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-26). No temamos la cruz que supone la fidelidad al seguimiento de Jesucristo, pues ella está iluminada por la luz de la Resurrección. De esta manera, como discípulos, abrimos caminos de vida y esperanza para nuestros pueblos sufrientes por el pecado y todo tipo de injusticias.

El llamado a ser discípulos-misioneros nos exige una decisión clara por Jesús y su Evangelio, coherencia entre la fe y la vida, encarnación de los valores del Reino, inserción en la comunidad y ser signo de contradicción y novedad en un mundo que promueve el consumismo y desfigura los valores que dignifican al ser humano. En un mundo que se cierra al Dios del amor, ¡somos una comunidad de amor, no del mundo sino en el mundo y para el mundo! (cf. Jn 15,19; 17,14-16).

3. El discipulado misionero en la pastoral de la Iglesia

Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos (Mt 28,19)

Constatamos cómo el camino del discipulado misionero es fuente de renovación de nuestra pastoral en el Continente y nuevo punto de partida para la Nueva Evangelización de nuestros pueblos.

Una Iglesia que se hace discípula

De la parábola del Buen Pastor aprendemos a ser discípulos que se alimentan de la Palabra: "Las ovejas le siguen porque conocen su voz" (Jn 10,4). Que la Palabra de Vida (cf. Jn 6,63), saboreada en la Lectura Orante y la celebración y vivencia del don de la Eucaristía, nos transformen y nos revelen la presencia viva del Resucitado que camina con nosotros y actúa en la historia (cf. Lc 24,13-35).

Con firmeza y decisión, continuaremos ejerciendo nuestra tarea profética discerniendo dónde está el camino de la verdad y de la vida; levantando nuestra voz en los espacios sociales de nuestros pueblos y ciudades, especialmente, a favor de los excluidos de la sociedad. Queremos estimular la formación de políticos y legisladores cristianos para que contribuyan a la construcción de una sociedad justa y fraterna según los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

Una Iglesia formadora de discípulos y discípulas

Todos en la Iglesia estamos llamados a ser discípulos y misioneros. Es necesario formarnos y formar a todo el Pueblo de Dios para cumplir con responsabilidad y audacia esta tarea.

La alegría de ser discípulos y misioneros se percibe de manera especial donde hacemos comunidad fraterna. Estamos llamados a ser Iglesia de brazos abiertos, que sabe acoger y valorar a cada uno de sus miembros. Por eso, alentamos los esfuerzos que se hacen en las parroquias para ser "casa y escuela de comunión", animando y formando pequeñas comunidades y comunidades eclesiales de base, así como también en las asociaciones de laicos, movimientos eclesiales y nuevas comunidades.

Nos proponemos reforzar nuestra presencia y cercanía. Por eso, en nuestro servicio pastoral, invitamos a dedicarle más tiempo a cada persona, escucharla, estar a su lado en sus acontecimientos importantes y ayudar a buscar con ella las respuestas a sus necesidades. Hagamos que todos, al ser valorados, puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa.

Al reafirmar el compromiso por la formación de discípulos y misioneros, esta Conferencia se ha propuesto atender con más cuidado las etapas del primer anuncio, la iniciación cristiana y la maduración en la fe. Desde el fortalecimiento de la identidad cristiana ayudemos a cada hermano y hermana a descubrir el servicio que el Señor le pide en la Iglesia y en la sociedad.

En un mundo sediento de espiritualidad y concientes de la centralidad que ocupa la relación con el Señor en nuestra vida de discípulos, queremos ser una Iglesia que aprende a orar y enseña a orar. Una oración que nace de la vida y el corazón y es punto de partida de celebraciones vivas y participativas que animan y alimentan la fe.

4. Discipulado misionero al servicio de la vida

Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10).

Desde el cenáculo de Aparecida nos disponemos a emprender una nueva etapa de nuestro caminar pastoral declarándonos *en misión permanente*. Con el fuego del Espíritu vamos a inflamar de amor nuestro Continente: “Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre Ustedes, y serán mis testigos… hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8).

En fidelidad al mandato misionero

Jesús invita a todos a participar de su misión. ¡Que nadie se quede de brazos cruzados! Ser misionero es ser anunciador de Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado o acogido, en especial, en los ambientes difíciles y olvidados y más allá de nuestras fronteras.

Como fermento en la masa

Seamos misioneros del Evangelio no sólo con la palabra sino sobre todo con nuestra propia vida, entregándola en el servicio, inclusive hasta el martirio.

Jesús comenzó su misión formando una comunidad de discípulos misioneros, la Iglesia, que es el inicio del Reino. Su comunidad también fue parte de su anuncio. Insertos en la sociedad, hagamos visible nuestro amor y solidaridad fraterna (cf. Jn 13,35) y promovamos el diálogo con los diferentes actores sociales y religiosos. En una sociedad cada vez más plural, seamos integradores de fuerzas en la construcción de un mundo más justo, reconciliado y solidario.

Servidores de la mesa compartida

Las agudas diferencias entre ricos y pobres nos invitan a trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falte nadie. Por eso reafirmamos nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres.

Nos comprometemos a defender a los más débiles, especialmente a los niños, enfermos, discapacitados, jóvenes en situaciones de riesgo, ancianos, presos, migrantes. Velamos por el respeto al derecho que tienen los pueblos de defender y promover "los valores subyacentes en todos los estratos sociales, especialmente en los pueblos indígenas" (Benedicto XVI, Discurso Guarulhos 4). Queremos contribuir para garantizar condiciones de vida digna: salud, alimentación, educación, vivienda y trabajo para todos.

La fidelidad a Jesús nos exige combatir los males que dañan o destruyen la vida, como el aborto, las guerras, el secuestro, la violencia armada, el terrorismo, la explotación sexual y el narcotráfico.

Invitamos a todos los dirigentes de nuestras naciones a defender la verdad y a velar por el inviolable y sagrado derecho a la vida y la dignidad de la persona humana, desde su concepción hasta su muerte natural.

Ponemos a disposición de nuestros países los esfuerzos pastorales de la Iglesia para aportar en la promoción de una cultura de la honestidad que subsane la raíz de las diversas formas de violencia, enriquecimiento ilícito y corrupción.

En coherencia con el proyecto del Padre creador, convocamos a todas las fuerzas vivas de la sociedad para cuidar nuestra casa común, la tierra, amenazada de destrucción. Queremos favorecer un desarrollo humano y sostenible basado en la justa distribución de las riquezas y la comunión de los bienes entre todos los pueblos.

5. Hacia un continente de la vida, del amor y de la paz

En esto todos conocerán que son discípulos míos (Jn 13,35)

Nosotros, participantes en la V Conferencia General en Aparecida, y junto con toda la Iglesia "comunidad de amor", queremos abrazar a todo el continente para transmitirles el amor de Dios y el nuestro. Deseamos que este abrazo alcance también al mundo entero.

Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la *Gran Misión Continental*. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda.

Con el fuego del Espíritu Santo, avancemos construyendo con esperanza nuestra historia de salvación en el camino de la evangelización, teniendo en torno nuestro a tantos testigos (cf. Hb 12,1), que son los mártires, santos y beatos de nuestro continente. Con su testimonio nos han mostrado que la fidelidad vale la pena y es posible hasta el final.

Unidos a todo el pueblo orante, confiamos a María, Madre de Dios y Madre nuestra, primera discípula y misionera al servicio de la vida, del amor y de la paz, invocada bajo los títulos de Nuestra Señora Aparecida y de Nuestra Señora de Guadalupe, el nuevo impulso que brota a partir de hoy en toda América Latina y El Caribe, bajo el soplo del nuevo Pentecostés para nuestra Iglesia a partir de esta V Conferencia que aquí hemos celebrado.

En Medellín y en Puebla terminamos diciendo "CREEMOS". En Aparecida, como lo hicimos en Santo Domingo, proclamamos con todas nuestras fuerzas: CREEMOS Y ESPERAMOS.

Esperamos…

- *Ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía.*
- *Vivir nuestro ser cristiano con alegría y convicción como discípulos-misioneros de Jesucristo.*
- *Formar comunidades vivas que alimenten la fe e impulsen la acción misionera.*
- *Valorar las diversas organizaciones eclesiales en espíritu de comunión.*
- *Promover un laicado maduro, corresponsable con la misión de anunciar y hacer visible el Reino de Dios.*
- *Impulsar la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.*
- *Mantener con renovado esfuerzo nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres.*
- *Acompañar a los jóvenes en su formación y búsqueda de identidad, vocación y misión, renovando nuestra opción por ellos.*
- *Trabajar con todas las personas de buena voluntad en la construcción del Reino.*

- *Fortalecer con audacia la pastoral de la familia y de la vida.*
- *Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes.*
- *Avanzar en el diálogo ecuménico "para que todos sean uno", como también en el diálogo interreligioso.*
- *Hacer de este continente un modelo de reconciliación, de justicia y de paz.*
- *Cuidar la creación, casa de todos en fidelidad al proyecto de Dios.*
- *Colaborar en la integración de los pueblos de América Latina y El Caribe.*

¡Que este Continente de la esperanza también sea el
Continente del amor, de la vida y de la paz!

HOMILÍA DEL CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ EN LA EUCARISTÍA CONCLUSIVA DE LA V CONFERENCIA GENERAL EN APARECIDA

Fiesta de la Visitación, 31 de mayo de 2007

Queridos hermanos, celebramos esta Eucaristía haciendo memoria del acontecimiento de Pentecostés. Estamos reunidos con María, la Madre de Jesús, y aun después de partir de este santuario seguiremos viviendo, bajo el impulso del Espíritu Santo, del ardor que Él nos infunde, de la comunión que Él forja entre nosotros y de la abundancia de los carismas y ministerios que Él regala a su Iglesia. Seguiremos sirviendo pastoralmente con la urgencia de las puertas del Cenáculo muy abiertas, y con el ejemplo de la predicación de Pedro, lleno de valentía, de confianza y convicción.

Nos inspira esta mañana la fiesta de la Visitación de María. Recordamos a la Sma. Virgen, que llevando a Jesús en su seno, se apresuró a visitar a su pariente Isabel.

María misionera

Fue la primera acción misionera de María que nos narran los Evangelios. Bastó una insinuación del Ángel Gabriel, y ella se puso en camino, presurosa, hacia el hogar de su prima Isabel. Prefirió no quedarse en casa, adorando a Jesús recién concebido en su seno. Es claro, nunca tuvo la tentación de separar el amor a Dios del amor al prójimo. A ambos amores, entrelazados en su alma, se dedicaba con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas.

Tampoco la detuvieron los peligros del camino. María, llena de valor, si bien muy joven, partió con el Niño. Como custodia viva, salió esa primera procesión de Corpus sostenida por la confianza en Dios y animada por el amor. María misionera salió de Nazaret, simplemente para servir. Servía a Dios y serviría a su pariente necesitada. Había tocado su alma el que vino a servir y no a ser servido, y al instante dejó la Virgen el calor del hogar. Optó por el riesgo del camino de Jesús.

Notable enseñaza la suya. No se entretuvo fuera de la vivienda de Isabel. Nos dice el Evangelio que entró a la casa. No le basta al misionero un saludo al pasar, ni las distracciones de afuera. Ha de entrar apenas abierta la puerta, como Jesús en el corazón de la humanidad. Entró y saludó con un efecto admirable. De inmediato saltó de alegría el precursor en el seno de su madre. La alegría y la acción del Espíritu Santo son dones inseparables del saludo de María, por voluntad de Dios. En sus horas de aflicción, un prisionero en un campo de concentración imploraba estos dones con una sencilla jaculatoria: “¡Salúdame, María!”.

Isabel la saluda cordial y humildemente, movida por la fe. Pareciera que la estaba esperando. ¿Pareciera, tan sólo? Es una verdad impactante: Todos los seres

humanos están esperando a Jesús. Fueron creados para ir a su encuentro y para acoger su presencia y sus dones. Es la certeza que pueden tener los misioneros. Aún quienes los reciben con indiferencia o los rechazan, nacieron para encontrarse con el Señor: con su vida, con su verdad y con su camino. Si todos lo supieran: ¡El Señor es su luz y su salvación, su canto y su paz!

María misionera comparte con Isabel su maravillosa experiencia. Está feliz, porque el Señor ha mirado la pequeñez de su sierva y hace grandes cosas a favor suyo. Cuando el misionero está lleno de gozo y de paz porque ha encontrado y sigue encontrando a Dios en su propia vida y en la historia, su testimonio asombra y contagia. Así el discípulo capaz de contemplar a Dios le prepara el camino a Jesús. Le preguntarán por las razones de su esperanza. Quienes tienen más sed de Dios, querrán compartirlas. En el espíritu de Nuestra Señora ocurrirá el despertar misionero de nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe.

María discípula

María misionera acababa de recibir el anuncio del ángel en la hora de la Encarnación del Verbo, había vivido una hora de gracia única como discípula de Dios. Ya lo sabía; se lo decía su propia experiencia: había sido escogida por el Señor. Pero se sentía muy pequeña, hasta el punto de turbarse ante el saludo del ángel. Así se estremece la existencia del discípulo ante el don gratuito del llamado de Dios. El ángel acababa de llamarla por su propio nombre: Alégrate, llena de gracia.

A la discípula inmaculada le era familiar la lectura orante de las Escrituras. Ese mundo era su verdadera casa. Vivía en el espacio interior de la Palabra de Dios y de la historia de alianza de su pueblo con Dios, su Esposo y Hacedor. Se identificaba

con ella. En esa hora decisiva, Dios le pidió su conformidad y el don de su vida. De su aceptación obediente pendía el cumplimiento de los designios de Dios y el bien de su pueblo. Es el camino de todos los verdaderos discípulos del Señor. En la 'lectio divina' lo encuentran. En ese espacio lo admiran y lo contemplan, lo escuchan y conversan con Él, descifran el querer de Dios, se convierten y le responden con palabras y con el don de su vida, para colaborar con Él.

El diálogo que sostuvo con el ángel Gabriel nos entreabre una ventana por la cual podemos asomarnos a la espiritualidad de María, discípula y misionera. Su sinceridad no conocía límites. Tampoco su voluntad de colaborar con Dios, su Esposo y Señor. Pero ¿cómo podría concebir si toda su vida le pertenecía virginalmente a su Señor? Tanto el discípulo como el misionero necesitan la palabra del Ángel, y saber que para Dios no hay nada imposible. Desde entonces, desde la roca de esa confianza inconmovible, en cada una de las circunstancias de su vida, sobre todo en las más difíciles, María podría decirse: "Para Dios no hay nada imposible, he aquí a la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Esta melodía se unía al Magnificat en su espíritu, colmado de asombro y santidad. Como ninguna persona humana vivió la alegría y la libertad de la donación a Dios para realizar con Él lo que va más allá de toda expectativa y de todo sueño humano, para abrir con su gracia el espacio interior de la nueva y eterna alianza, alianza de vida, de amor y de paz.

Comprometida con la vida de las personas y de los pueblos

Describimos la misión nuestra como un envío para que nuestros pueblos en él tengan vida. Participando de la misión de Jesús, nadie como su madre se comprometió con la vida de las personas y de los pueblos. Aquí en su santuario, ella nos invita a partir y a comprometernos resueltamente con la vida.

Nuestra cultura siempre fue favorable a la vida. Las acciones de arrancarla de este mundo, fueron rechazadas. La Virgen María salió presurosa, a apoyar a su pariente estéril para que tuviera la felicidad de traer al hijo tan esperado, a Juan, a este mundo. Y de prisa partió a Egipto con José, para salvar la vida del Niño, que el poderoso de entonces, el rey Herodes, quería extirpar. Proclamaremos de manera convincente que toda vida humana es sagrada y requiere para sí un trato digno y enaltecedor. Nos seguiremos oponiendo a la pena de muerte, a la violencia, a la tortura, al aborto, a la eutanasia y a la lacerante miseria, que no se condice con la dignidad de la vida humana, que fue creada a imagen y semejanza de Dios. Nuestra opción es la vida para todos, particularmente para los pobres y abandonados. Nuestro no a la anticultura de la muerte nace con fuerza de nuestro sí a la vida.

Es sorprendente la identificación de la Virgen con la vida de su pueblo. La contempla desde los ojos de Dios y se compromete con ella desde la voluntad del Señor. Con los profetas de su pueblo tomó partido a favor de los pequeños y de los hambrientos, y cantó al poder de Dios, que había derribado de su trono a los poderosos y los soberbios. Los pequeños y los hambrientos buscan la vida y son favorables a ella; los segundos la oprimen, la destruyen y sufren las consecuencias de no conocer ni la alegría de ser hijos de Dios, ni la felicidad de ser hermanos. Desde sus tronos y desde su orgullo, ni viven ni dejan vivir. La joven de Nazaret lo sabe y proclama con alegría la grandeza del Señor. Como pastores y profetas, somos enviados desde Aparecida, desde esta capital de un pueblo peregrino, cuya mayor alegría es el amor de Dios. Trabajaremos para que en nuestros pueblos la relación entre sus habitantes sea realmente fraterna: en las plazas y en los lugares de trabajo, en las familias y en las escuelas; sobre todo en las comunidades de la Iglesia, lugares santos de comunión y de paz.

A la Virgen María, una convicción la urgía. La vida de su pueblo era inseparable del amor y la fidelidad de Aquel que es la fuente de la vida. Tenía la experiencia de la luz que brota del rostro de Dios, del amor inconmensurable de Dios, su Salvador, de la compasión de Yahveh ante los gemidos de su pueblo, de la bienhechora sabiduría de sus mandamientos y de sus caminos, y de sus innumerables dones. Para ella, la felicidad consistía en ser Esposa fiel de su Esposo y Señor. Por eso, compartiendo la vida de su pueblo, la vida verdadera, la de ser pueblo de Dios, peregrinaba anualmente al templo de Jerusalén, memoria de la cercanía y de la alianza del Señor. Partiremos de este lugar santo con este compromiso, prometiéndole al Señor que con ardor interior haremos todo lo que esté de nuestra parte, para que todos los que el Padre nos ha confiado, no sufran la ausencia de Dios, ni en su vida, ni en sus hogares, ni en los medios de comunicación social, ni en nuestras culturas, sino, por el contrario, tengan la alegría de proclamar: el Señor es mi luz y mi salvación, mi esperanza y mi canto, mi vida y mi felicidad.

La vida que buscamos para nuestros pueblos está íntimamente unida al anuncio misionero de Jesucristo, a dejarnos encontrar cada vez que venga hasta nosotros. Él, la Vida que estaba en el principio, vino a nosotros para que tuviéramos vida en abundancia. Y la Inmaculada llegó a ser madre de todos los vivientes, porque dio a luz a Aquel que es nuestra Vida. Nuestra Señora se dejó encontrar por Él, y lo dio a conocer a los pastores y a los sabios de oriente. Unió sus pasos a los suyos y lo acompañó cuando entregaba su vida al Padre en el Calvario, para que todos viviéramos con Él para siempre.

Al partir, le ofrecemos a Jesucristo nuestros corazones, nuestros sacerdotes y diáconos, las familias de nuestras diócesis, los jóvenes y los niños, y le ofrecemos nuestro ministerio y nuestras iniciativas, para que siempre permanezcan abiertos

a su presencia y a su bendición, a su sabiduría y al dolor propio y de los demás, a su vida y resurrección. Que la vida que Dios nos da brille en la ciudad puesta sobre el monte, llena de confianza, de gozo y de paz. Que acepte el envío misionero y vaya a todos los que buscan la felicidad y la paz, a todos los que, aún sin saberlo, lo buscan a Él, nuestra Vida y nuestro gozo.

Concluyamos nuestra meditación recordando con gratitud que la Virgen, en nuestra América, le abrió caminos de la vida nueva en Cristo a Juan Diego y todos los inditos de su pueblo y de tantas otras comarcas. Pidámosle que se acerque desde sus santuarios, como madre de Jesús y de nuestros pueblos soberanos, a todos los que tienen sed de cielo en esta tierra. En su santuario nos comprometemos a seguir implorando con ella el amor fuerte y la audacia del Espíritu Santo, para permanecer unidos y compartir nuestra alegría de ser cristianos con todos los que tienen sed de vida, sed de fraternidad y de Dios. Amén.

Quédate, Señor
Oración de Benedicto XVI en Aparecida, Brasil.

Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección.

Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti.

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

Quédate, Señor, con aquéllos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro Continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos. ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros!

Índice de temas

* La opción pastoral de Aparecida.
1. Discurso Inaugural del Papa Benedicto XVI.
2. Mirada creyente de la realidad.
3. La vocación de los discípulos misioneros.
4. La espiritualidad de los discípulos y discípulas misioneros.
5. La parroquia y la CEB: comunidad misionera.
6. CCB y pequeñas comunidades.
7. Ministerios y servicios en la Iglesia y en el mundo.
8. El laicado al servicio de la vida.
9. La Palabra, alimento de la vida.
10. Creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo.
11. La religiosidad popular.
12. El proceso de formación de los discípulos misioneros.
13. La iniciación a la vida cristiana y la catequesis.
14. La educación católica.
15. La misión de los discípulos al servicio de la vida.
16. Reino de Dios y promoción de la dignidad humana.
17. La Pastoral Social y la solidaridad.
18. Desafíos de la movilidad humana.
19. La buena nueva del trabajo.
20. La buena nueva de la familia.
21. Jóvenes al servicio de la vida.
22. La cultura de la vida.
23. La cultura y su evangelización.
24. La alegría de ser discípulo misionero de Jesucristo.
25. ¡Un nuevo Pentecostés!

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

EDITORIAL TIBERIADES

VGP
Arzobispado de Santiago
Vicaría General de Pastoral